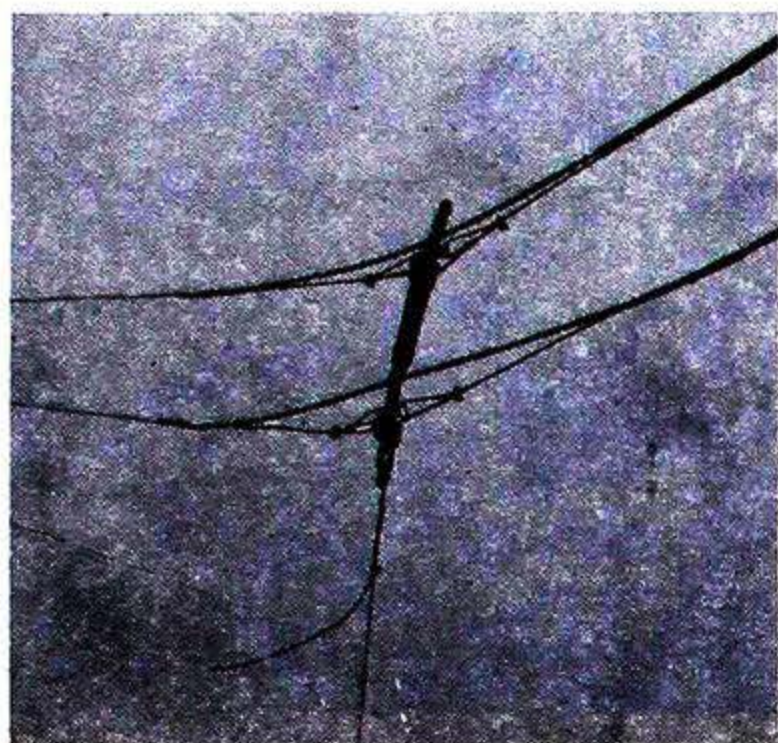


De: *Distrito de los bares*, pág. 63:
 "...un hombre manco que trabaja a
 /destajo".



Otro procedimiento, inconsciente o no, parece ser el de fijar las imágenes en una realidad pictórica (no sólo aludiendo directamente a pintores; en este libro, entre otros, a Guadalupe Posada, Chagall, Munch, o Van Gogh) sino levantando también, igual que si levantara un lienzo, sus plásticas escenas. En este aspecto, Roca parece haber vivido sus experiencias como quien, alucinado, entra a un cuadro y desde allí las dice:

De: *El ángel sitiado*, pág. 25:
 "... La inocencia, como una
 /estación de tren
 barrida por el viento..."

De: *La soledad del guardafaros*,
 pág. 64:
 "En la sonora noche que despierta
 Los órganos del mar o sus
 /trombones,
 Los grandes trasatlánticos
 /encendidos
 Como una ciudad entre la niebla
 Parten en dos labios las aguas
 /procelosas".

No escasean, en cuanto misteriosos, los habitantes de la historia, a los que Roca se acerca por el costado de su enigma: la segunda muerte de Lázaro, lo que vio la mujer de Lot, el cartero de Van Gogh o el lápiz mordisqueado de Rimbaud. Ni faltan tampoco los símbolos que singularizan su poesía: los espejos, el sueño, el amor, la patria, la infancia...

Con todo, no es sólo por las calidades formales, que Juan Manuel Roca atrae a sus lectores, sino también por los argumentos y temas que maneja.

GUILLERMO LINERO

"Vértigo de piedras ingurgitadas"

Obra poética

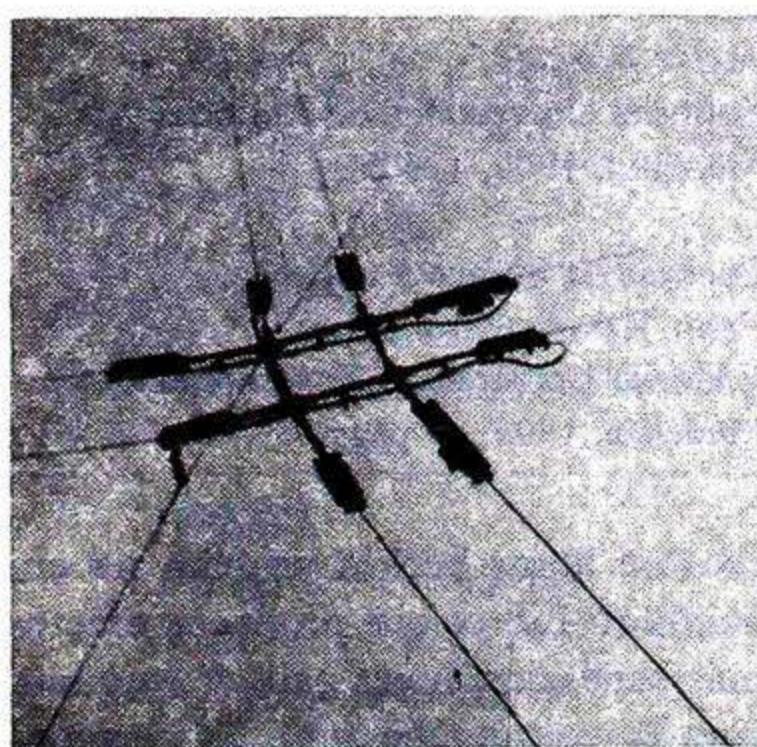
Germán Espinosa

Arango Editores,

Santafé de Bogotá, 1995, 357 págs.

I

Ni dominar la prosodia y demás preceptos de la gramática, ni conocer los arcanos de la retórica, ni poseer un aceptable conocimiento de las humanidades, ni tener una aguda sensibilidad y, ni siquiera, ser un buen narrador, constituyen razones de peso para acceder al género lírico. De lo último, tanto Cervantes como Hemingway —citando apenas dos entre tanta evidencia— son ejemplos palpables: fueron excelentes novelistas, pero no queda de ellos un solo verso digno, no obstante los hubiesen forjado seriamente en vida.



Se sabe también de atinados filósofos, lingüistas y eruditos que no escribieron versos —o por lo menos no los dieron a la imprenta— porque eran conscientes de sus limitaciones.

Para erigir un poema se necesitan todos los conocimientos y ninguno: to-

dos, porque, como bien lo dice don Quijote en su discurso sobre la poesía —palabras más, palabras menos—, el cultivo de la poesía requiere el estudio de todas las ciencias; y ninguno, porque no podemos negar la belleza evidente de aquellas expresiones del folclor surgidas de la inspiración de creadores silvestres (¿quién negaría la poesía popular, ese tesoro inmenso de poemillas?).

Ante esta última peculiaridad, Platón, con cierta pelusa, explicaba que el poeta era simplemente una especie de médium a través del cual se expresaba un dios y que, por ello, pasado el trance de inspiración, era incapaz de explicar las maravillas propias de sus creaciones. En este sentido, también el músico Antonio Salieri se quejaba de que la naturaleza hubiese dotado al tosco W. A. Mozart de un genio tan extraordinario, mientras él —Salieri— tenía que esmerarse por entero, noble y educado como era, para lograr una composición.

La poesía y el arte, entonces, son dones inexplicables que pueden complementarse con el estudio de todas las disciplinas, pero sobre todo de la más vasta y próxima: la de la vida.

II

Hace ya algunos meses se ha dado al público la *Obra poética* del maestro Germán Espinosa. Siete libros componen este trabajo que reúne textos escritos entre 1952 y 1990; libros que, en términos generales, abrazan poca poesía y sí, en cambio, mucha retórica, lugares comunes, expresiones prosaicas y resentimientos.

De nada valen los méritos eruditos y prosódicos que se evidencian en esta obra, y de nada valen tampoco algunas ráfagas de probada sensibilidad pues se pierden entre tanta ostentación de anacronismos, verborrea y juego de palabras inconducentes:

*Padecer de un dolor oblicuo, de
 /un oblicuo
 soñar, de un ritmo ledó, de una
 /anodina afasia
 mordaz, más elocuente que el
 /verso más proficuo....*
 [pág. 67]

*He aquí, amor, mis promesas y
/denuncias
a nuestro amor recíproco. No
/yermes
la esperanza y acude, sin
/renuncias,
a darme el electuario y el
/alquermes...
[pág. 260]*

*Allí estás otra vez, mar de sucia
/pedrería.
Allí estás, divina pantera
/narcotizada a mis pies.
Allí estás, pleno de respuestas
/sobreentendidas
a mis preguntas gesticulantes,
a mi vértigo de piedras
/ingurgitadas,
a mi condición de naufrago
/terrestre...
[pág. 321]*

III

En un ensayo titulado "Apolo o de la literatura", Alfonso Reyes esbozó una separación de los géneros literarios en atención al "orden estético creciente", es decir, según el grado de contaminación de la literatura con los elementos del mundo real. Subrayaba allí, el maestro mexicano, como máxima expresión literaria a la lírica, explicando que a través de ella el hombre logra dilucidar con mayor plenitud las inquietudes de su espíritu, de su interioridad. Por el contrario, la novela, —mimesis de la realidad— se halla demasiado contaminada de ésta, debido a que el narrador mira más hacia afuera, hacia su entorno, que hacia su propia alma. Ignoro si Espinosa conoce el citado ensayo, pero en él se aclara la diferencia entre los practicantes de uno u otro género: la poesía, la lírica, como expresión del alma y por dolorosa, decepcionada o cínica que sea, debe conservar cierta "levedad" —para decirlo con Ítalo Calvino—, debe, en lo posible, deshacerse del lastre de la retórica y del atiborramiento de ideas. Por ello, con todo lo barroco que hay en la obra de Quevedo y de Góngora, allí la poesía subsiste porque el hipérbaton y el retruécano (tan reiterativos) son pertinentes, ayudan rítmica y semánticamente en la construcción y lectura de

sus obras. No ocurre así en los textos de Espinosa, donde la articulación alegre de palabras es más un débil rasgo de dos ecos campantes en su poesía: León de Greiff y el modernismo.

Espinosa, en una actitud que le impide el libre acceso a la poesía, evoca y cuestiona con rencor, a sus versos les falta el sosiego necesario del creador, quien sólo debe sentarse a escribir cuando la emoción ha desaparecido o atenuado, tal como se trasluce en los versos irónicos, pero amables y sanos, de un Villon ante la erizada inminencia de acabar definitivamente en la horca.

De tal manera que la obra poética de Germán Espinosa (con excepción de contadas prosas poéticas, y de sus versiones sobre la obra de otros autores, entre ellos *Le bateau ivre* de Rimbaud y de un texto llamado "Proemial" (pág. 174), carece de toda levedad y resulta no sólo soporífera, sino erisipilante.

GUILLERMO LINERO

"Los poetas recaemos en los más antiguos y nauseabundos vicios", dice el poeta

Silabario

Javier Naranjo

Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 1994, 125 págs.

Poemas en blanco y negro

Pedro Arturo Estrada

Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 1994, 85 págs.

Existen libros hechos no para ser entendidos. Libros que producen efectos más benéficos: hojas para el asombro, para la exploración, para las conexiones íntimas. René Char propugnaba una escritura que debía renunciar a nosotros mismos; había —según él— que "permanecer oscuros y ocultos en la frase, en la imagen". Esta poesía se abisma entre los blancos de una tipografía, circula a través de intervalos de un texto fragmentado, ondea en un vacío ac-

tivo ajeno a toda artificialidad; es por eso que uno cuenta tanto con lo que sucede entre líneas.



En la historia de la poesía contemporánea se hallan ciertos ejemplos de estos "expedientes verbales" legados marginales con un germen romántico. Poesía que intenta en un esfuerzo extremo por decir lo indecible, por arriesgarlo todo en el lenguaje. Basta nombrar algunos de sus paradigmas: Pierre Reverdy, Georg Trakl, René Char y el propio André Breton.

En este espacio de "extrañamiento" (descoyuntado y unificado al mismo tiempo) puedo ubicar los poemarios *Silabario* y *Poemas en blanco y negro*, editados pulcramente en la colección Celeste, de la Editorial Universidad de Antioquia. La colección Celeste se ha dado a la tarea de publicar o reeditar obras de escritores reconocidos (Mejía Vallejo, Luis Fayad, Rojas Herazo, Elkin Restrepo), pero principalmente a la de mostrar voces nuevas.

Silabario, de Javier Naranjo (1956), es un libro que acoge la propuesta de una poesía no por comparación, sino por el acercamiento de dos realidades más o menos alejadas, el encuentro fortuito de dos palabras por primera vez: la oposición. Pareciera que cuanto más alejadas y justas sean las relaciones, más fuerte es la luz de la imagen, mayor el extrañamiento, mayor la chispa obtenida:

*Entre las manos
la cabeza redonda de la hija
que abriga pensamientos
y palpita
con su luz interior*